

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

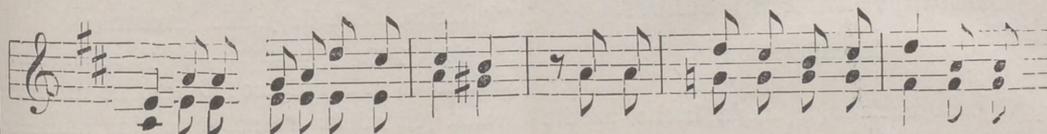
MADRID, 17 DE DICIEMBRE DE 1933

NÚMERO 51

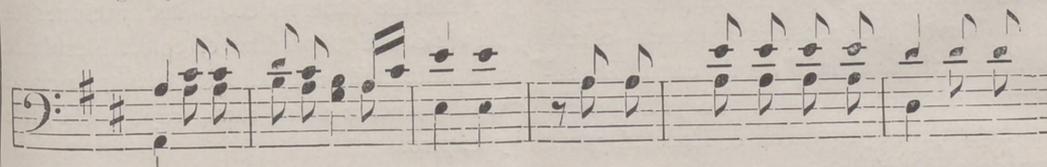
¡Cuánta luz en noche oscura!...



1. ¡Cuán-ta luz en no-che oscu-ra! En ti - nie-blas ¡qué ful-



gor! ¡Es del al-ba la her-mo-su-ra? ¡Ved del cie-lo el es-pen-dor! En los



cam-pos al pas - tor Can-ta el án-gel con dul - - zu - - ra:



«Nue—vas de gran go — zo doy; Cris—toos ha na — ci — do hoy.»

2. «Jesucristo es ya nacido,
El rey vuestro celestial;
A Belén Él ha elegido.
Vedle envuelto en un pañal,
Un pesebre es su señal.
Para todos ha venido:
Alabemos su bondad
En tiempo y eternidad.»

2. ¿Qué podemos ofrecerte,
Rey de la excelsa majesta?
A Ti unamos nuestra suerte,
Imitando tu humildad,
Tuya es nuestra voluntad,
Nuestra vida hasta la muerte.
Oye, oh Cristo, la oración:
¡Toma nuestro corazón!

Alzaré mis ojos a los montes de donde vendra mi socorro

(Continuación)

Al cura anciano le había hecho mucho daño la emoción causada por la muerte de la niña forastera y por la pena de sus padres. Tuvo que acostarse. Rosita estaba sentada, triste, al lado de su cama. La señora Emerencia se había ido para buscar un mensajero que fuera a Radstad, para que de allí viniera un sacerdote para ayudar a su amo en los trabajos de la parroquia.

—A lo mejor tendrá que darle los sacramentos—pensaba apenada.

El párroco respiraba con dificultad. Con la ayuda de Rosita se irguió en el lecho y dijo trabajosamente:

—Hija mía, me parece que el Señor quiere llevarme a su seno. Cerca de él me ha sobrevenido una gran claridad. Debes estar con tus padres. Lo que Dios juntó, el hombre no lo separe. Esta noche Lampelberger se pone en camino. Junta tus cosas en un

hatillo, toma dinero ahí del arca y pide que te escondan en su carro.

Rosita, llena de júbilo, exclamó:

—¡A papá y a mamá! ¡Ay, señor cura, cuánto os lo agradezco! Dinero no me hace falta. ¡Si mi madre me ha cosido monedas en mi justillo!

Asustada observó cómo las facciones de su viejo amigo perdían el color. Respiraba con dificultad, extendió las manos hacia el crucifijo cerca de su cama, cayó hacia atrás y expiró.

Al volver la señora Emerencia se encontró a la niña de rodillas llorando junto a la cama del difunto. Dió voces, gritando y lamentándose. La casa se llenó de vecinos. No le fué difícil a la niña desaparecer entre tanta algarabía.

Hasta el día siguiente Emerencia no la echó de menos, y se contentaba pensando que la niña habría salido muy de mañana con los otros niños del pueblo para buscar flores primaverales para el entierro del párroco. Por la tarde, sin embargo, quedó bastante preocupada al ver que la niña no vol-

via. El padre Ignacio hizo su aparición en la casa rectoral al día siguiente. Reprendió duramente a la señora Emerencia, se buscó a la pequeña por todas partes; pero Rosita había desaparecido definitivamente.

IV. Otra vez reunidos

En la lejana tierra de Prusia dos pesados carros cruzaban la llanura. Mattenecker y su Quiterio marchaban a pie y guiaban los caballos. Era a principios de junio; pero en esta comarca la primavera llegaba tarde y los abedules que se veían aquí y allá, aun llevaban su vestidura primaveral de verde claro. Ya hacía más de medio año que los emigrantes viajaban por el dilatado imperio alemán. Muchas penalidades habían pasado, pero también habían experimentado mucha ayuda de Dios y de buenos hombres. En tierras evangélicas los habían recibido con alegría y el rey de Prusia, considerado como duro, se había enternecido a la vista de sus correligionarios.

Para las dos mujeres casi lo peor había sido el viaje por mar, desde Stettin a Königsberg; al tomar tierra parecían cadáveres; pues el frío viento de la primavera había encrespado las olas del mar báltico. En el Pregel, hasta Insterburg, ya les fué mejor. Brígida, sin embargo, suspiraba:

—¡Qué grande es el mundo, y el cielo lo cubre como una campana azul!

—A mí se me figura—decía Quiterio—que al mundo entero le han cortado las narices.

—Todo me importa poco—intervino diciendo la aldeana—si sólo pudiera estrechar en los brazos a mi Rosita, viviría a gusto aún en un mundo sin narices.

Siguieron viajando hacia el Nordeste, pasando por Grunheide y Szillen para llegar a Ragnit. Algunas veces pasaron por caseríos, donde ya se habían establecido paisanos suyos de Salzburgo. Entonces la alegría era grande y se saludaban cordialmente. Ya no les parecía tan extraña su nueva patria, pues-

to que oían el acento de su tierra. El labrador del último cortijo, que también había venido de Salzburgo, se unió a ellos, diciendo:

—Yo os conduciré al lugar que buscáis, conozco bien el cortijo abandonado, que el rey, nuestro señor, os ha concedido.

Por el camino les fué contando de la terrible mortandad del año 1709:

—Entonces también quedó vacía vuestra nueva estancia.

Al este de la llanura se divisaba una loma cubierta de pinos, al oeste serpenteaba un riachuelo a través de los prados, que, según el guía, se llamaba Gilge.

—Ya sería tiempo de cortar la hermosa hierba—observó Quiterio.

—Mirad, mirad, ahí está vuestro cortijo—exclamó el vecino.

Sombreado los ojos con la mano, Mattenecker advirtió una casa de barro, larga y baja con un tejado de paja bastante deteriorado; el pinar lo protegía del viento; las cuadras y pajares que la rodeaban estaban muy ruinosos.

Los carros se pararon delante de la casa. Cuando todos hubieron bajado, Mattenecker se quitó el sombrero:

—El Señor bendiga nuestra entrada. A El sean dadas las gracias por haberme acompañado hasta aquí a través de muchos peligros.

—Sí, gracias sean dadas a El—repitió su mujer—; pero, Dios mío, devolvednos la niña. Podéis hacer milagros como en tiempos pasados; yo lo creo firmemente.

El labrador le pasó la mano por el cabello, consolándola; pero en sus adentros pensaba: pobre mujer, tu ruego no será oído. Después entraron en la casa. Estaba oscura y mohosa; muebles viejos y bastos, bancos y mesas, arcas y armarios aun estaban acá y allá en las estancias.

—Ya os lo pondré más claro con colores y pinces—dijo riendo Quiterio—. ¡Cuán-

to me alegro que se acabaron los viajes y que puede uno volver a trabajar!

Pronto todos estaban trabajando alegremente. Antes de descargar se hizo una limpieza general. Con satisfacción relativa se sentaron todos a la mesa grande de madera, para tomar la sopa de la cena. Pero antes de que las cucharas se metieran en la humeante cazuela, el labrador puso sobre la mesa su preciado libro: la Biblia. Con otras cosas buenas se lo había regalado el rey de

Prusia como el mejor tesoro. La abrió en el Salmo 121.

“Ya pronto va a hacer un año que nuestro viejo párroco me lo leyó a mí y a Rosita, cuando bajábamos del prado para ir a casa”. Solemne era su voz, al empezar a leer: Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro. Mi socorro viene del Señor que hizo los cielos y la tierra.

(Concluirá.)

Cómo se celebra la Navidad en diferentes países

Quizá vosotros, simpáticos lectores de EL AMIGO DE LA INFANCIA, hayáis pensado que todos los niños del orbe celebran la Navidad en forma análoga a cómo vosotros la celebráis, y para desechar esta idea de vuestra mente, vamos a relatar a continuación cómo festejan el natalicio de Cristo, los niños de diferentes países.

En el norte de Europa, en *Suecia* y *Noruega*, la fiesta de Navidad celébrase con gran gozo por parte de todos. Se cierran los Tribunales, y cuantos están regañados hasta esta fecha procuran hacer las paces. En el hogar cada miembro de la familia trae sus zapatos y los coloca al lado de los demás de la casa, en señal y promesa de que en el año venidero reinará entre ellos la paz y la armonía.

Luego, reunidos alrededor del fuego, se cuentan mutuamente las historias y leyendas que conocen, y ni aún los animales son olvidados en esta fiesta, pues los pájaros reciben una gavilla de trigo que colocan ante

cada casa, atada en lo alto de un palo, y los animales domésticos, perros, gatos, etc., reciben doble ración de comida.

Los niños *alemanes* celebran también grandes fiestas. Desde muchos días antes se nota en los pequeñuelos cierto aire de misterio, como si tuvieran algo que ocultar; es que preparan un *WUNSCH ZETTEL*, es decir, una lista de los regalitos que desean recibir y que entregan a sus padres.

Llevan un árbol (abeto, especie de pino), que esconden en un cuarto especial, donde colocan muchas mesitas; los niños entregan las listas a su mamá, y ésta prepara sobre las mesitas los regalos pedidos.

El árbol de Navidad está en esta misma habitación, adornado con luces y dulces, y cuando las mesitas están preparadas y todo dispuesto, se encienden las luces del árbol, se abren las puertas de la habitación y entran en ella los niños.

(Concluirá.)

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Por un año: en España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60, Madrid.